



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 14. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Abril 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda. — MODAS: Cofia de muselina y encaje. — Prendido para sociedad. — Sombrero Toca con pluma larga y rizada. — Vestido cerrado con lazos para niño de un año. — Vestido con el delantero bullonado para niño. — Mangas de novedad para vestidos. — Palma con madroños. — Vestido de primavera. — Vestido adornado de trencilla calada. — Uellos de tul y frivolité. — Capota para niña. — LABORES: Cenefa de paño bordada al pasado y puntos largos. — Bolsillo de crochet y perlas de acero. — Angulo para tapete. — Fondo de crochet. — Sortijero. Labor de capricho. — Entredós de

frivolité. — Cenefa de trencilla para trajes. — Entredós de crochet y trencilla. — Almohadon rulo para sofá. — Cenefa bordada á cadeneta. — Entredós de crochet. — Estudios prácticos sobre el corte. — LITERATURA: A la linda poetisa Lidia Guerrero y Figueroa, poesía, por María del Pilar Sinués de Marco. — El Ave-Maria de Gounod, poesía, por Emilia Calé y Torres de Quintero. — Lágrimas, por Francisco Guerrero y García. — La hermana de la Caridad, por Ricardo Palanca Lita. — Los gemelos de Siam, por Nicolás Díaz y Pérez. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Crónica madrileña, por José María. — Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. BOLSILLO DE CROCHET Y PERLAS DE ACERO.

Necesítase para esta labor torzal de color punzó y perlas de acero, que se ensartarán en el torzal antes de principiar la obra. Empiézase por 5 puntos de cadeneta, que se cierran en círculo: todas las vueltas de esta labor se ejecutan en *puntos dobles*, por lo cual omitiremos ya repetirlo.

- 1.^a Vuelta. — 9 puntos en el círculo de los cinco.
- 2.^a — 2 puntos en uno cada 3 puntos, lo que dará 12 en la vuelta, haciendo uno en cada uno de los restantes.
- 3.^a — Como la segunda, y resultarán 18 puntos.
- 4.^a — Como la anterior, y resultarán 24.
- 5.^a — *Uno con perlas. (Para esto se baja la cuenta antes de hacer el punto: debemos prevenir á nuestras lectoras que el derecho queda por el lado opuesto al que se trabaja), 2 puntos en cada uno de las tres siguientes.* Se repite desde la señal, y lo mismo en las que siguen.
- 6.^a — *En el punto anterior á la cuenta, un punto con cuenta, otra sobre la misma, y otro en el siguiente, dos puntos en cada uno de los dos que siguen.*
- 7.^a — Como la sexta.
- 8.^a — Como la sétima.
- 9.^a — Lisa, haciendo 2 puntos en uno cada 3 puntos.
- 10.^a — Como la quinta, colocando la cuenta de acero en el punto que corresponde entre las piñas ya concluidas, y dejando entre unas y otras los puntos y crecidos necesarios para que el círculo quede sentado.
- 11.^a — Como la sexta.
- 12.^a — Como la sétima.
- 13.^a — Como la octava.
- 14.^a — Como la novena.

Se repite otra vez desde la vuelta décima, siempre colocando las piñas en el hueco de las otras, lo que les hace quedar más separadas entre sí. Concluida la vuelta 19 está terminada una cara del bolsillo: hácese igual la segunda, y se unen ambas con una vuelta de cadenetas, excepto en el espacio que ocupa la boquilla. Pegada esta, se ejecuta el fleco ó enrejado de cuentas del modo siguiente, y con agujas de coser:

Vuelta 1.^a — Se sujeta el torzal junto á la boquilla, y se ensartan en la aguja nueve cuentas sujetándolas al bolsillo, flojas, para que formen feston. Se ensartan otras nueve, y se repite lo mismo, hasta llegar al otro extremo de la boquilla.

Vuelta 2.^a — Se pasa la aguja con el torzal por las últimas cuatro cuentas que se han puesto, se ensartan ocho, y se sujetan pasando la aguja por la cuenta del centro de la presilla siguiente. Se ensartan otras ocho, y se hace lo mismo hasta el final.

Vuelta 3.^a — Se pasa la aguja por las cuatro últimas cuentas, se ensartan dos, se pasa la aguja por las cuatro cuentas que siguen y por las otras cuatro primeras de la presilla siguiente, y



1. Bolsillo de crochet y perlas de acero.



2. Fondo de crochet.

se colocan del mismo modo otras dos cuentas, repitiendo lo mismo hasta el final.

El objeto de esta tercer vuelta es solo colocar las dos cuentecitas que sirven de adorno al segundo feston, y con ella queda concluida esta lindísima labor, que puede hacerse en el color de torzal que más agrade.

2. FONDO DE CROCHET.

Terminado el crochet, hecho en lana del color que se quiera, se bordan las cruces que forman el dibujo, con lana de color claro las del centro, y fuerte las exteriores. Todo su mérito estriba en la elección y armonía de los colores.

3. CENEFA BORDADA.

Esta preciosa cenefa consiste en una tira de paño ondeada, picada y bordada al pasado y puntos largos, con cordoncillo de varios tonos. Los detalles que muestran los grabados 4 y 5, indican claramente su ejecución. Es la misma cenefa que adorna en forma de tirantes el *porta-dibujos*, grabado 3 del número anterior.

6. ENTREDÓS DE CROCHET.

Su ejecución, fácil y sencilla, hace que sea muy apropiado para adornar ropa blanca.

7. COFIA DE MUSELINA Y ENCAJE.

Este lindísimo modelo tiene una forma de suma novedad. Las largas barbas terminan en un cuadrado de encaje, orillado de puntilla y puesto sobre transparente de color. Rosas con capullos adornan la parte de adelante, y una caída de hojas los costados. Este modelo es muy útil para acompañar un traje de mañana destinado á lucirse en baños ó en el campo.

8. PRENDIDO PARA SOCIEDAD.

Compónese de encaje, cintas y flores, dispuestos con una gracia encantadora.

9 y 10. ANGULO PARA TAPETE.

Los grabados 9 y 10 dan de tamaño natural un ángulo de tapete, bordado sobre paño con cordoncillo ó lana de colores vivos, y el modo de colocar y sujetar las hebras tendidas. La claridad de los grabados y el buen gusto de nuestras suscriptoras, nos dispensan de más explicaciones.

11. SOMBRERO TOCA.

Es de terciopelo negro con larga pluma blanca ó violeta, que le presta suma distinción. Puede reproducirse en faya de color, variando también el de la pluma.

12. LAMBREQUIN BORDADO.

Sirve para adornar diferentes objetos. Es de paño ondeado y picado todo alrededor y está bordado con colores vivos: los contornos á cadeneta, y el centro á puntos largos.

13. ENTREDÓS DE CROCHET Y TRENCILLA.

Esta labor no es nueva, y no habrá ninguna de nuestras madres que no la haya ejecutado en

sus juveniles años; por esto y por su sencillez, la recomendamos vivamente á nuestras suscriptoras. Constituye un bello adorno para pantalones y enaguas.

14. VESTIDO CERRADO CON LAZOS PARA NIÑO DE UN AÑO.

Nuestro modelo es de piqué, adornado por abajo con un doblado ancho, y encima tres órdenes de entredoses estrechos, que guarnecen igualmente el cuerpo, las manguitas cortas, el cinturón y los lazos que cierran el vestido en el costado izquierdo.

15. VESTIDO CON EL DELANTERO BULLONADO PARA NIÑO.

El cuerpo y el delantero de la falda son de tafetan rosa bullonado, divididos los bullones por bieses azules orillados de blanco. La parte de atrás es de cachemir azul, adornado con bieses de raso blanco y negro, vuelta en solapa en los costados y sujeta esta con botones.

16. SORTIJERO.

Labor de capricho.

La armadura es de junco barnizado, y la canastilla de carton forrada de raso azul, y adornada con ruche doble de cinta azul y lambrequines de paño bordados. Para este objeto puede emplearse el lindo lambrequin, grabado 12 de este mismo número.

Unas cadenitas de acero suspenden el sortijero á la montura, apareciendo sujeto al mismo tiempo arriba y en los costados por lazos de cinta azul.

17 y 18. MANGAS DE NOVEDAD PARA VESTIDO.

El adorno de la manga núm. 17 consiste en dos volantes forrados y ribeteados de raso, sujeto el segundo por el centro con una cinta graciosamente anudada. Por debajo del volante, y puesto sobre la tela, que le sirve de transparente, se halla colocado un precioso bordado en tul, que termina con una guarnición de muselina encañonada. Los volantes van plegados á tablas separadas. Otro encaje adorna la manga grabado 18, completándose con un volante de muselina puesto hácia arriba sobre dos tiras dobles de terciopelo y lazo atrás de puntas desfleadas.

19 y 20. TALMA PARA VIAJE.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. V, fig. 19).

El grabado 20 muestra de tamaño natural la ejecución del fondo y del fleco. La labor, hecha con lana, es ya muy conocida: para los madroños se dejan las hebras flojas, recortándolas despues y cardándolas con esmero. El pliego de patrones, en su núm. V, fig. 19, da el modelo para la esclavina, hecha de tela á rayas, y guarnecida de fleco. Este talma, por su ligereza y abrigo, puede destinarse particularmente para viaje.

21. VESTIDO DE PRIMAVERA.

Es de mohair liso de dos tonos: el más oscuro para el vestido y el más claro para los adornos, que consisten en bieses más ó menos anchos, orillados con negro. La tira ancha que guarnece el bajo de la falda, lleva á cada extremo un volante picado en ondas y encañonado, que produce un efecto muy lindo. Un fleco termina la chaqueta de aldetas cortas realzadas con un lazo.

22. VESTIDO ADORNADO CON TRENCILLA CALADA.

El vestido es de cachemir de la India. Lleva por abajo ancho volante tableado, y encima, entre dos ruches, tres órdenes de trencilla. La túnica se compone de delantal largo y redondo por delante, una punta larga atrás y echarpe terminado con fleco en los costados. También termina con un lazo de cinta y fleco igual; el cuerpo, alto por detrás y escotado por delante en corazón. La trencilla adorna la túnica, las mangas y el escote. Tanto el delantero del cuerpo como la vuelta de la manga, están realzados con botones que hagan juego con el color del traje.

23. ENTREDÓS DE FRIVOLITÉ.

Debiéndose llevar este verano mucho bordado en blanco sobre telas de color, nada más á propósito que este lindo entredós para adornar un traje de seda. Las rosas no ofrecen dificultad ninguna para las personas acostumbradas á hacer esta clase de labores, y trabajada con hilo fino, será de gran lucimiento sobre color oscuro.

24. CENEFA DE TRENCILLA PARA TRAJES.

El grabado la representa de tamaño natural, y por lo tanto basta estudiarlo algun tanto para comprender su ejecución.

25 y 26. ALMOHADON RULÓ PARA SOFÁ.

El grabado 26 muestra la ejecución del fondo, que consiste en trencillas puestas sobre tul á distancias regulares, y bordadas las listas que forma este con puntos largos cruzados. La cenefa consiste en anillas de frivolidé con picots, sujetas cada una á la trencilla con tres puntos largos. El almohadon, que es de raso azul, termina á ambos lados con lazos, cordonería y borlas.

26 y 27. CUELLOS DE TUL Y FRIVOLITÉ.

Parece, segun todas las probabilidades, que la Moda, caprichosa é inconstante, ha decretado que los peinados que se habian elevado como torres en la parte superior de la cabeza, vuelvan á descender á adornar el cuello. En este caso las golases altas volverán á perder su favor, y lo recobrarán los cuellos de largas puntas por delante.

Los dos modelos que ofrecemos son á cual más lindos, el primero de trencilla y tul bordado, y el segundo de frivolidé.

29. CAPOTA PARA NIÑA.

(Patron: Pliego por el derecho, núm. VII, figs. 21 á 23).

Es de piqué blanco, realizado el fondo con un lijero bordado, cuyo dibujo se halla en el mismo pliego. Adorna la parte de delante una ruche con diadema interior de tul rizado y un lazo en la parte superior de la cabeza. El bavolet está tambien terminado con fleco y realizado con un lazo, siendo de la misma cinta las bridas, anudadas debajo de la barba. Este lindo modelo puede reproducirse en raso blanco ó seda de color.

30. CENEFA PARA TRAJES.

Está destinada para bordarse á cadeneta con seda blanca, sobre traje de seda negra ó de color oscuro. Ya hemos dicho que este verano se llevará mucho bordado en blanco sobre color, ya sea con soutache, cadeneta ó pasado.

ESTUDIOS PRÁCTICOS SOBRE EL CORTE.

Las medidas que deben tomarse para que un cuerpo siente bien, son las siguientes: 1.ª grueso de la cintura; 2.ª grueso superior del talle, tomando la medida por debajo de los brazos; 3.ª ancho del pecho; 4.ª ancho de la espalda desde un hombro al otro; 5.ª largo de la manga por la parte anterior del brazo. Y aun podría añadirse una 6.ª medida: largo del cuerpo por delante.

Cuando se ha cortado el patron, se comprobarán las dimensiones de este con las medidas que se hayan tomado. Si es solo un poco más ancho, basta con meter las costuras; si por el contrario, fuese necesario achicarlo ó agrandarlo, esto debe hacerse en medio de la espalda, y en la costura de los costados para los delanteros. Lo mejor es hacer un dobléz á lo largo en el papel y cortarlo exactamente como el patron. Las pinzas del pecho no deben subir muy arriba, pues esto convierte el cuerpo en cota de malla y le hace perder toda la gracia.

Es inútil advertir que cada patron da solamente la mitad de los objetos: esto es, la mitad de la espalda: un solo costadillo y un solo delantero. Así la espalda se debe cortar con la tela doblada y dos veces los costadillos y delanteros.

La primera cosa que se debe observar al ir á emplear una tela si no es lisa, es la direccion de las flores ó dibujo, que debe subir hácia arriba.

Tambien se debe tener mucho cuidado con las telas que tengan reflejos como el terciopelo, y las peludas como el paño, el terciopelo inglés, la felpa, etc., que es preciso cortarlas de manera que el pelo siempre caiga hácia abajo.

Las que no tengan gran práctica en cortar, será mejor despues de haber comprobado el patron, que corten primero el forro y lo armen, cosiéndolo á puntadas largas. De este modo podrán luego coserlo con seguridad, siguiendo las puntadas del forro.

A fin de economizar la tela, se colocarán sobre la parte del revés de esta las diferentes piezas, lo más cerca que sea posible las unas de las otras, pero no tanto que por conseguirlo se deje de observar la direccion del hilo, que nosotros indicamos sobre nuestros patrones, siempre que puedan ofrecer la menor duda en este sentido.

Para los cuellos, las solapas de las mangas y del cuerpo, los bieses y los vivos, se aprovechan los retales. Si las telas fuesen muy estrechas, se completan con piezas cortadas en el mismo sentido que la tela para que casen bien aquellas figuras del patron que son demasiado grandes para salir de un solo pedazo.

A veces los objetos son demasiado grandes para que quepan en el pliego, y es preciso doblarlos una ó más veces. Esto se indica en el patron con unas rayitas acompañadas de estas palabras: *dobléz de la tela*, y nosotros aconsejamos que se corten por separado tantas partes

como dobleces haya, y luego se hilvanen á la parte principal.

Este es el medio más seguro de no equivocarse.

Las faldas, si son redondas, deben tener 4 metros y 25 cents. de vuelo de abajo, y si son de cola 4 metros 50 cents.

Con la rodaja de sacar patrones, se obtienen estos con suma facilidad: no hay más que poner un papel debajo del pliego más grande que la figura que se quiere sacar, prenderlos ámbos con alfileres, empujar la rodajita, siguiendo el trazado de la figura, y cortar luego el papel de debajo por los agujeritos que habrán dejado marcadas las puas.

JOAQUINA BALMASEDA.

Á LA LINDA POETISA

LIDIA GUERRERO Y FIGUEROA,

DE 9 AÑOS DE EDAD

Cuando contaba, niña,
tus años bellos,
tambien yo, segun dicen
hablaba en verso.

¡Y ora, sin duda,
se ha subido á los cielos
mi dulce musa!

Pero yo tengo empeño
en que esta carta
que dirijo á tu nombre,
en verso vaya,
Porque deseo
que sea tu respuesta
tambien en verso.

¡Y sabes por qué anhelo
que así la escribas?
¡Porque en el mundo muere
la poesía!
¡Porque la prosa
sube ya tanto, tanto...
que nos ahoga!

Dejemos á los fuertes
mirar la tierra,
y miremos nosotras
á las estrellas.
¡Lidia, soñemos,
que yo las realidades
muy tristes veo!

Canta á los pajarillos
de la arboleda,
y canta de las flores
la grata esencia.
¡Canta á las nubes,
y á cuanto hay en la tierra
de bello y dulce!

Solo las niñas pueden
en nuestra patria
con sus tiernas canciones
secar las lágrimas.
Que ellas no saben
donde están de las penas
los manantiales.

En breve tu inocencia
irá cruzando
el veloz pensamiento
con surco amargo.
Porque es el génio
despertador terrible
del pensamiento.

Escribe tus canciones
hoy, Lidia mia;
escribe, y que las lean
tus hermanitas.
Y que se encanten
con sus dulces conceptos
tus buenos padres.

Que si escribes, mañana
será tu canto
gemido de alma triste,
eco apagado.
Querella amarga
que los vientos se llevan
entre su alas.



117

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim 11, 3.

Ayuntamiento de Madrid

Pero no! Qué te digo?
¿No sé yo misma
que es fuente de consuelo
la poesía?
¿No tendrás siempre
el amor de tus padres
que te protege?

Tus delicados versos
serán sin duda
manantial de armonías
y de ternura.
Que eres muy buena,
y tendrás el aroma
de la inocencia.

Siembra, pues, con las flores
del pensamiento
el árido camino
de este desierto.
¿Suene tu lira,
que hay gran falta en el mundo
de poesía!

Guarda siempre en el alma
el sacro fuego
que hace resuene en ella
un himno eterno;
Y de laureles
ceñirás algún día
tu blanca frente.
MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

EL «AVE-MARIA» DE GOUNOD.

SONETO.

Es la nota brillante que en el cielo
El coro sacro en su concierto canta,
Es la mística esencia que levanta
Nuestro sér hácia el sér de nuestro anhelo.
Es la voz del dulcísimo consuelo
Que modula plegaria la más santa,
Es el eco divino de unción tanta,
Que aleja nuestro espíritu del suelo.
Es la expresión del corazón creyente
Cuando, fija en la gloria la mirada,
Quiere exhalar una oración ferviente;
Divina inspiración; por Dios creada!
Tú harás mi último sueño sonriente
Cuando parta mi alma á su morada.

EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

LÁGRIMAS.

I.

En una ciudad hermosa, perla de la Andalucía, en la oriental Granada, allá por los años 1700, habitaba Eladio, digno y virtuoso jóven que apenas contaba diez y nueve primaveras: generoso y amigo de la humanidad. Era su mayor placer proteger al desvalido, y partir sus bienes con los pobres, á quienes consideraba siempre como á hermanos, su principal objeto. Leal, franco y dispuesto á todo aquello que fuese en beneficio del prójimo, en lo que desplegaba el mayor celo y actividad. Todas estas, y otras muchas cualidades, le valían la estima y consideración de cuantos le trataban.

Eladio amaba tiernamente á Melina: encantadora niña que en aquel entonces se hallaba en la edad de las flores al entreabrir su cáliz, comenzando á sentir los primeros latidos de su corazón amante. Inocente y pura como un ángel, correspondía á su amor con no menos interés.

El himeneo iba á unirlos para siempre, cuando un exceso de celos del primero pudo causar la desdicha de ambos.

II.

Era un día alegre, como lo son los más de la risueña primavera; el sol extendía sus hermosos rayos de oro, iluminando las infinitas maravillas de la creación; y las brisas, exhalando suaves perfumes que importaban de la florida campiña, templaban sus ardores.

El noble jóven, ébrio de amor y con el afán de llenar los deseos todos de su corazón amante, cruzando florestas y laberintos, praderas y sotos, llega alegre al palacio de Melina, su amada, perdiéndose por entre multitud de habitaciones, profusamente vestidas con los más ricos tapices de Persia.

Nada hasta entonces ha turbado el semblante risueño del enamorado jóven.

Mas en el momento que su mano oprime el botón de

blanco marfil que sirve de resorte en la puerta del aposento de Melina, óyela exhalar tiernos suspiros. Como receloso y turbado, detiene su paso, y en vano intenta abrir la puerta; una fuerza superior á las suyas le tiene como clavado en aquel sitio, y su rostro ha tomado tan variados colores, que hace imposible adivinar lo que pasa por él, le parece oír otra voz desconocida que responde á las caricias de su amada.

No ha sido menester más. Un temblor nervioso agita todo su cuerpo. Oprime con ambas manos su pecho, pareciéndole que se le va á saltar el corazón hecho pedazos.

¡Cuán distintas ideas cruzaban en tropel por su ardorosa frente!

La mirada extraviada, el semblante descompuesto, sus movimientos todos, eran los de un sér que ha perdido la razón.

Desesperado, sin entrever las tristes consecuencias que un momento de ofuscación pudiera ocasionarle... ¡Ay de mí! Desconfiando de la virtud de su amada, ébrio de furor, abandona aquella estancia, se precipita á lo largo de las galerías clamando dolorosamente... y desaparece.

Los señores del palacio le han visto en aquel estado, y aunque ignorando la causa que lo motivara, se lanzan á su encuentro seguido de algunos servidores; mas todo ha sido inútil.

Eladio, con la velocidad propia de sus pocos años, por entre florestas, prados y sotos, ha desaparecido de la vista de sus perseguidores. Estos, rendidos por el cansancio, siendo vanas sus pesquisas y habiéndoles sorprendido la noche sin obtener resultado alguno, regresan al palacio contristados por el más acerbo dolor.

III.

¿Qué es de la virtuosa Melina al oír el relato de sus parientes y amigos?

El exceso del dolor se ve marcado en su angelical semblante, y un raudal de lágrimas surcan por sus sonrosadas mejillas.

Amaba á Eladio con toda la fuerza de una pasión primera, y todo cuanto no tuviera relación con su amor, le parecía indiferente.

Empero otros dolores más agudos habían de lacerar más tarde el alma de aquella niña.

Quince días ha pasado Melina entre sollozos y lágrimas, y ya el manto opaco del decimosexto, de nebulosa noche, reclinada en el alfeizar de una ventana, vino á sorprenderla en sus tristes reflexiones; mas como si una idea errante en su imaginación tratara de conciliar, ajustándola á sus amorosos deseos, tiende la vista inquieta sobre la multitud de árboles que pueblan profusamente el jardín de su palacio, buscando un algo que no veía; mas de repente ha lanzado su mirada á una inmensa mole que se extendía imponente ante ella, animando sus facciones con un súbito carmin.

Por fin parece como que ha tomado una resolución, y se aparta de aquel sitio.

Maquinalmente lleva ambas manos á su fatigado pecho, comprimiendo los latidos de su angustiado corazón, y exclama:

—¡El cielo me proteja y fortalezca mi espíritu en esta noche de prueba!

Y rebujada en un largo manto, sale del aposento.

Con el mayor sigilo se desliza cual sombra fantástica á lo largo de las galerías y abovedados pasillos, espionando el más leve movimiento; mas todo es calma y silencio. Por fin llega á una puerta que á espaldas del edificio comunica con el jardín, cubierta toda de ramaje y florecillas. Su mano temblorosa introduce una llave en la cerradura, girando la puerta, no sin un violento empuje, sobre sus enmohecidos goznes.

—Lucian! Lucian! decía la doncella con voz apenas perceptible, á la vez que deslizaba su linda cabeza de rizados bucles por entre el ramaje.

—Venid, señora, venid; contesta seguidamente otra voz tímida también, aunque menos melodiosa que salía de en medio de las sombras, proyectadas por los corpulentos árboles.

Era Lucian, que espía aquella parte del palacio para favorecer la fuga de Melina.

Saliendo de la espesura y asiendo suavemente el manto de la doncella, que perpleja y toda temblorosa no sabía el camino que debía tomar para llegar más pronto al lugar sobre el cual se fijaban todos sus pensamientos, la atrajo hácia sí y la condujo, guardando el más profundo silencio, por una estrecha calle formada de álamos y chopos.

(Se continuará).

FRANCISCO GUERRERO Y GARCÍA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

por

A. BOURDOIS

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCES.

(Conclusion).

XII.

Sonó por fin la hora en que fué vencida la epidemia. La epidemia, atacada por todos lados, iba decreciendo diariamente, y acabó por desaparecer.

Mas, ay!... ¡que había dejado numerosos muertos en el campo de batalla!

Muchísimos sacrificios se habían hecho, muchos corazones se habían señalado!...

Era ya llegado el momento de las recompensas.

En una proclama, el general A... de P..., comandante de la novena división militar, anunciaba el fin de la epidemia, y citaba todas las personas de las cuales más elogios se podían hacer en aquellas tristes circunstancias.

Las hermanas de San Vicente de Paul *estaban á la órden del día*.

Multitud de elogios se les habían prodigado por la manera admirable con que sus santas hijas habían cumplido su misión caritativa; y grandes muestras de aprobación se habían dado á los médicos, internos y enfermeros que se habían distinguido por su infatigable celo.

La proclama terminaba así:

«Las justas recompensas, ordenadas por una alta y generosa iniciativa, no se harán esperar á tan nobles corazones.»

En efecto; bien pronto la hermana Rosalía, Superiora de las hermanas de San Vicente de Paul, recibió un despacho del ministerio.

Rogábasele en él, que se dignase designar ella misma, ó que hiciese designar á sus santas hijas, aquella que más hubiese merecido la recompensa.

Las hermanas, reunidas con este fin, fueron de un unánime parecer, y el nombre fué mandado al ministro.

A poco tiempo de esto se leía en el *Diario Oficial* la larga lista de las recompensas concedidas, la cual terminaba por los dos nombramientos siguientes:

«Por decreto del Emperador, con fecha de... ha sido «promovido al grado de Caballero de la legión de honor «el jóven doctor Gustavo de L... en recompensa de su sublime abnegación durante la epidemia de Marsella, etcétera, etc.»

Y más abajo:

«Por decreto del Emperador, etc., se concede á la señorita Emilia de R... la condecoración de honor en recompensa del ejemplo de abnegación, valor y caridad «dado por dicha señorita durante la epidemia que ha «combatido á Marsella...»

Estos dos nombramientos hicieron mucho eco en la ciudad, y fueron objeto de unánimes y simpáticas aprobaciones.

XIII.

Una mañana la hermana Rosalía recibió una carta de Burdeos.

En el sobre, un tiembre en seco, marcaba estas palabras:

«José de L..., banquero.

—Yo no conozco este nombre, se dijo la buena Superiora, sin duda debe ser alguna equivocación, porque yo no tengo ningunas relaciones con los banqueros de Burdeos.

Rompió el sobre: al principio de la carta se leía:

A la hermana Rosalía, Superiora de las hermanas de San Vicente de Paul, en Marsella.

—No hay duda que esta carta es para mí, se dijo la buena hermana; veamos qué es lo que contiene.

Y leyó lo siguiente:

«Mi apreciable hermana:

«Soy banquero en Burdeos; si deseáis adquirir noticias mías, podéis dirigiros á cualquier casa de comercio de aquí...»

—Para qué puede servirme á mí eso? pensó la hermana Rosalía, yo no hago ningún comercio con Burdeos....

Y continuó:

«Tengo cuatro millones de renta...»

—Cuatro millones! suspiró ella!... ¿Cómo es posible que haya personas tan ricas, mientras existen tantos pobres!...

Y continuó:

«Puedo deciros sin falsa modestia, que gozo de la consideración pública, debida á 30 años de una probidad comercial, que jamás ha sido desmentida...»

—Tanto mejor, se dijo la buena hermana... ¡No seré yo quien se lo niegue!

Y siguió leyendo:

«Como es necesario que me conozcáis muy bien, debo «haceros mi retrato, tal como me ha hecho la naturaleza:

—Tengo el carácter algo vivo, pero bueno, y he hecho todo lo que he podido en beneficio de mis semejantes, sin tener en cuenta las ingratitudes que he hallado en mi camino, practicando la caridad, como una de las primeras virtudes...

—Esto está bien, pensó la digna hermana, y continuó: En todos los actos de mi vida he usado de una franqueza que á los ojos de ciertas gentes puede pasar por sobrado ruda; pero que es el fondo de mi carácter, porque no sé más

que ir derecho al término de la cuestión, y no gusto del disimulo y los rodeos...

—Ah! esto es una confesion, se dijo la Superiora, dando vueltas

á la carta entre sus manos... Este caballero sin duda se ha equivocado, y esta carta es para el hermano Ambrosio, director del convento vecino... Tengo ganas de mandársela...

Sin embargo, cediendo á un poco de curiosidad, continuó:

"Creo en Dios Todopoderoso, Criador de todas las cosas..."

—Es que va á recitarme sus oraciones?... ¡Hé aquí un hombre muy chistoso!... y continuó su lectura...

"Creo en la vida futura, así como en la recompensa de los justos y el castigo de los malos..."

—En el fondo es un hombre religioso, pensó aun la hermana... Veamos dónde va á parar...

"Yo no tengo nada, querida hermana, absolutamente nada que reprochar á mi conciencia..."

—Muy pocos habrá como él...

"Ya que me conocéis bien, voy á deciros el servicio que espero de vos..."

—Ya era tiempo, murmuró sonriendo la buena hermana.

"Soy viudo, querida hermana..."

—Es una desgracia... pero todos somos mortales...

"Y todo mi consuelo lo cifro en un hijo único que, por las cualidades de su ingenio y corazón, ha de ser la alegría de mi vejez..."

—En efecto, es un gran consuelo, dijo, y continuó:

"Mi hijo tiene 25 años y es un buen mozo, lo que no puede perjudicar al éxito que debe alcanzar en el mundo..."

—Sin duda!

—Es además honrado como su padre, que le ha educado en los sentimientos religiosos..."

—Esto está muy bien! se dijo la buena hermana, haciendo una pausa y quitándose sus gafas...

Pero este caballero va á relatarle la historia de toda su familia?... Qué hombre tan chistoso!... Volvió á ponerse las gafas y continuó la lectura de tan extraña carta, picada instintivamente por la curiosidad, tan natural tanto en las ancianas como en las jóvenes, y de la cual no están exceptuadas aun las superiores de una orden monástica...

—Cuando yo me casé, querida hermana..."

—Bueno! ahora nos remontamos á la época de su casamiento, si seguimos así, nunca acabaremos!...

Y continuó:

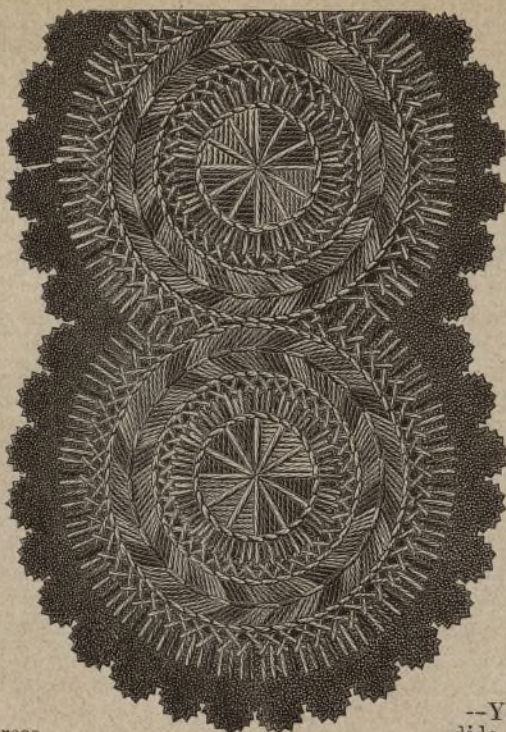
"Hice una elección á gusto de mi corazón, es decir, que no buscando riquezas, tomé una mujer que no poseía más bienes que sus virtudes, y la escogí de la condición más humilde de la sociedad; confieso que fui muy feliz durante veinticinco años; la digna esposa que lloro todavía, ha sido el ángel de mi hogar..."

Que Dios se haya dignado recibir su alma!...

—Y requiescant in pace!... Amen!... añadió



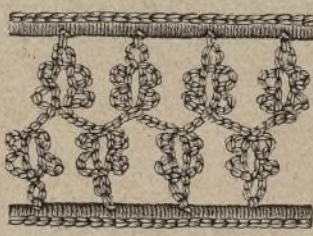
7. Cofia de muselina y encaje.



3. Cenefa bordada para el porta-dibujos. Grabado 3 del núm. anterior.



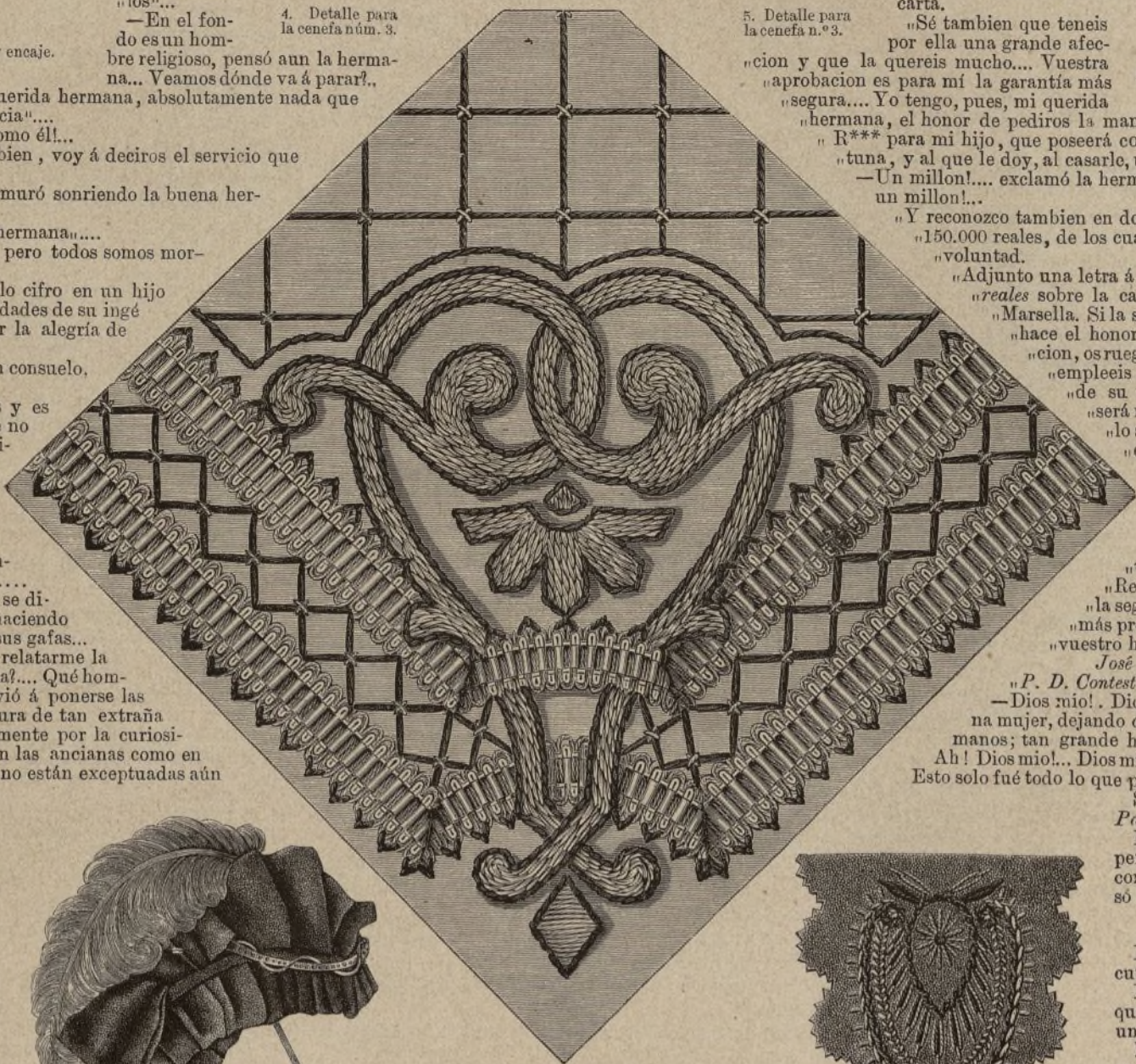
4. Detalle para la cenefa núm. 3.



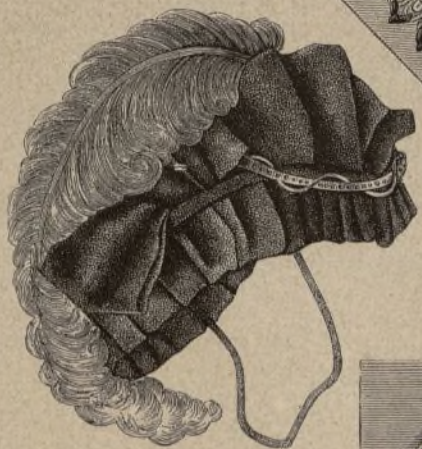
5. Entrados de crochet.



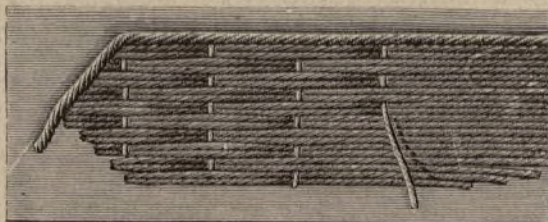
5. Detalle para la cenefa n.º 3.



9. Angulo para tapete.



11. Sombrero Toca.



10. Detalle del tapete número 9.

la buena mujer, santiguándose. Despues hizo esta reflexion: En el fondo parece un hombre digno, aunque algo original...

"Juzgando, pues, á los otros por mí mismo, querida hermana, he aconsejado siempre á mi hijo que si algun dia se casaba, siguiese mi ejemplo y escogiese una mujer honrada, aunque fuese de modesta posicion, no atendiendo más que á las cualidades de su corazón..."

—Esto son muy buenos sentimientos; pero no me enseñan gran cosa...

"Mi hijo ha escuchado mis consejos, y tengo la dicha de ver que abriga los mismos sentimientos que su padre..."

—Tanto mejor!... esto hace el elogio de este jóven... Puede ser que este caballero quiera hacer su testamento, y me consulte con este objeto.

"Por esta razon, querida hermana, me tomo la libertad de dirigirme á vos, que podeis hacer la dicha de mi hijo..."

—Yo?... dijo la buena hermana, toda aturrida. ¡Decididamente, este hombre está loco!... ¡Es necesarlo que no tenga la cabeza sana!... Sin embargo, leamos hasta el fin.

"Sé, hermana mia, que teneis con vos una jóven, de la cual han llegado á mis oidos tanto los méritos como las desventajas..."

Aquí la hermana Rosalía puso más atencion... tosió y recorrió con la mayor rapidez el fin de la carta.

"Sé tambien que teneis por ella una grande afeccion y que la quereis mucho... Vuestra aprobacion es para mí la garantía más segura... Yo tengo, pues, mi querida hermana, el honor de pedirlos la mano de la señorita Emilia R*** para mi hijo, que poseerá con el tiempo toda mi fortuna, y al que le doy, al casarle, un dote de un millon..."

—Un millon!... exclamó la hermana Rosalía asombrada, un millon!...

"Y reconozco tambien en dote á la mujer de mi hijo 150.000 reales, de los cuales podrá disponer á su voluntad."

"Adjunto una letra á la vista de cuarenta mil reales sobre la casa P... y compañía, de Marsella. Si la señorita Emilia R*** me hace el honor de aceptar mi proposicion, os ruego, querida hermana, que empleeis esta suma en los gastos de su viaje, y aseguradle que será recibida en mi casa como lo seria mi propia hija. —En el caso que tuviese la desgracia de que mi demanda no fuese aceptada, dignaos emplear el dinero en obras buenas, que vos tan bien sabeis hacer."

"Recibid, querida hermana, la seguridad de la veneracion más profunda, con la cual soy vuestro humilde y S. S., José de L***"

"P. D. Contestacion á vuelta de correo."

—Dios mio! Dios mio!... exclamó la buena mujer, dejando caer la carta de entre sus manos; tan grande habia sido su sorpresa... Ah! Dios mio! Dios mio! Dios mio!...

Esto solo fué todo lo que pudo decir en su emocion. Santiguóse, y recitó un Pater...

Despues se levantó de repente, cogió la carta, y corrió á la sala, donde pensó hallar á Emilia.

XIV.

La jóven estaba en el laboratorio.

La superiora le manifestó que tenia que comunicarla una noticia importante.

La llevó á su cuarto, y cuando se hallaron solas la hizo sentar cerca de ella, la cogió las manos cariñosamente, y le dijo con la mayor emocion:

—Hija mia, vamos á separarnos seguramente!...

—Y por qué, madre mia? dijo Emilia, abriendo admirada sus grandes ojos azules.

—Porque se presenta para vos, hija mia, un magnifico partido...

—Para mí?

—Sí, hijamía!...



8. Prendido para sociedad.



12. Lambrequin bordado.

—No á una po
—A fi
mia, le
mismo d
Emilia
Despues
instante
—Yo
se me h

11. Ve

nio que
seria en
un socor
cuya be
do un
para ell
la fortun
bo comb
solucion
—Y d
servir e
bre, hue
—Poc
mia. —
ra lo q
nacido.
religios
pobres,
hijos; v
reis á l
Dios, y
Emilia
La bu
—¡Po
renunci
deis da
ejempl
el más
veces e

—No puedo creer, madre querida, que se busque á una pobre jóven como yo, y vos sin duda habeis sido inducida por algun falso error....

—A fin de convenceros de cuanto os digo, hija mia, leed esta carta que acabo de recibir ahora mismo de Burdeos.

Emilia se enteró del contenido de la carta.—Después de haberla leído reflexionó por algunos instantes, y dijo:

—Yo no sé en verdad lo que vale el favor que se me hace; pero lo que yo sé, mi buena madre, es

que mi único deseo es el de estar siempre á vuestro lado.

—Pero no ves, hija mia, que es necesario contestar á J. de L***?

—Ay de mí! Si, madre mia.... Soy muy sensible á la distincion con que ese caballero, que me es desconocido, se digna honrarme, y no me es posible adivinar la causa.... pero mi partido está ya tomado desde hace algun tiempo; he perdido todo lo que me era más querido en el mundo, y no me queda más que buscar el reposo y la paz del alma; quiero servir á Dios y entrar en su religion.

—Es un piadoso desig-

nio que yo aprobaria, hija mia, si el cielo pareciese abandonaros.... Yo seria entonces la primera en aconsejaros que buscáseis un santo asilo, un socorro contra los escollos donde puede perecer una pobre niña, cuya belleza es á menudo un peligro mayor para ella; pero cuando la fortuna os sonreie, debo combatir vuestra resolucion....

—Y de qué puedo yo servir en el mundo, pobre, huérfana, desolada?

—Podeis amar, hija mia.—Para amar es para lo que la mujer ha nacido.—Nosotras las religiosas, amamos á los pobres, que son nuestros hijos; vos en el gran mundo amaréis á los hijos que os vendrán de Dios, y además á los pobres.

Emilia se puso á reflexionar.

La buena hermana continuó:

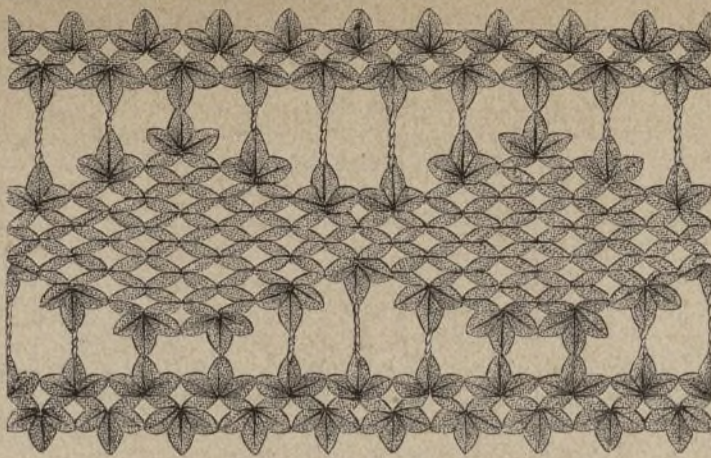
—¿Por qué, hija mia, quereis renunciar á la sociedad, donde podeis dar tan buenos y saludables ejemplos?... El bien que se hace, muchas veces vale más que el más elocuente sermón, porque habla al alma y muchas veces convierte á los malos.... Ah! ¡si no hubiese más que co-

razones secos y frios entre los ricos, los pobres serian muy desgraciados! Dios quiere aprovecharse de vos, para esparcir sus beneficios. Se puede, creedme, servirle y serle

agradable tanto en el mundo como en el cláustro; para agradarle no es necesario más que practicar la caridad, y vos habreis dado pruebas, hija mia, de que se halla arraigada en vuestro corazón!

La hermana Rosalía calló y miró á la jóven, como esperando su contestacion.

—¿Pero por qué, madre mia, me aconsejais el servir á Dios de otro modo que vos lo haceis?



13. Entredós de trencilla.



11. Vestido cerrado con lazos para niño de un año.



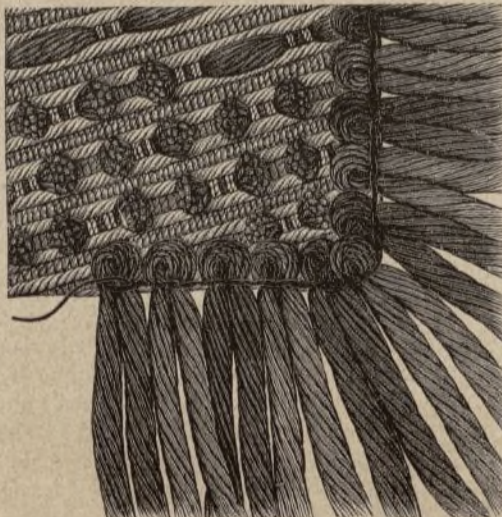
17. Manga de novedad para vestidos.



16. Sortijero. Labor de capricho.



19. Talpa para viaje.



20. Ejecucion del talpa núm. 12.

—Porque está en los decretos del cielo, y Dios ha trazado con su divina mano los nombres de los infortunados que vos debeis socorrer. ¡Me habláis de paz y tranquilidad, y esperais hallarla en el monasterio!.. Yo no debo deciros lo que mi corazón se empeña en callaros... ¡Pero sabed que en el cláustro se agitan tantas pasiones como en el mundo, y tanto más violentas, á menudo, cuanto más comprimidas se hallan!.. ¡Es necesario muchas virtudes para combatirlas!.. ¡Se logra siempre vencerlas!.. Yo me atreveré á afirmarlo... ¡La paz y concordia

no se encuentran tampoco en el convento; no pertenecen á este mundo!.. Nuestras santas hermanas ciertamente son

buenas y caritativas. En todas partes donde se necesita socorro y consuelo se encuentran, y ningún peligro detiene su celo y valor... Más en fin, son mujeres, y no están exentas de las debilidades humanas... ¿Quién puede alabarse de ser perfecto? Muchos disgustos hay á veces entre nosotras por causas muy leves... y es preciso decirlo, el orgullo, este gran pecado capital, viene á envenenar pueriles querellas, y entonces nacen las enemistades... no me atrevo á decir ódio!

¡Ya lo veis, hija mia, yo no me muestro á vuestros ojos mejor de lo que somos, y no es en el monasterio donde hallareis la paz celeste!... Volveos al mundo; brillad, y si quereis ser dichosa y acercaros á la perfeccion, escribid en la pared de vuestro aposento. Caridad!.. Caridad!.. y vereis acudir todos los desgraciados, llevándolos alegrías y consuelos en pago de vuestros beneficios.

Así fué como la excelente mujer supo hallar en la sencillez de su corazón palabras que hubieran envidiado algun predicador.

Fijó su mirada en Emilia, siempre pensativa.

Después de algunos momentos de silencio, continuó la buena hermana:

—Otro móvil no menos importante me obliga á aconsejaros que acepteis la suerte que os proponen... Aquí tenemos una porcion de niñas huérfanas... y desgraciadamente nosotras no somos ricas... no tengo necesidad de recordaros que hasta ahora las habeis servido de madre.

Si vos no nos ayudais un poco con vuestros beneficios á cuidar de estas pobres niñas, añadió la buena superiora con una dulce sonrisa, ¡que será de los hijos de la Señorita!

—Os comprendo, mi buena hermana, dijo Emilia, saliendo de su letargo... Contestad á J. de L***, que acepto gustosa el honorso ofrecimiento que se digna hacerme.

Tomó la mano de la buena mujer y la bañó con sus lágrimas; después continuó:

—Pero impongo una condicion...

—¿Cuál? preguntó vivamente la superiora.



15. Vestido con el delantero bullonado para niño de un año.



18. Manga de novedad para vestidos.



22. Vestido adornado con trencilla calada.



21. Vestido de primavera

—Que vos seréis siempre mi madre!..

La digna mujer la estrechó contra su corazón, exclamando:

—Yo procuraré siempre reemplazar á las que habeis perdido.

XV.

¡Un adagio popular dice que á hierro caliente batir de repente! La hermana Rosalía, que no lo ignoraba, supo aprovechar el momento; contestó á F. de L*** á vuelta de correo, y apresuró los preparativos para la marcha de Emilia.

La suma remitida en una letra á la vista sobre Marsella, fué empleada parte en las compras necesarias de la jóven, y el resto segun los deseos del donador.

Arreglados ya los preparativos del viaje, la superiora mandó decir una misa, á la cual asistieron todas las hermanas de la comunidad, para rogar á Dios que echase su bendición sobre la virtuosa jóven que perdian, y la digna madre partió con Emilia para Burdeos.

Las dos viajeras fueron recibidas por F. de L*** con suma franqueza. Era necesario conocer al novio ántes de que Emilia empeñase definitivamente su palabra: la presentación tuvo lugar el mismo día, y quedaron no poco sorprendidas la superiora y su protegida al ver al jóven doctor, que habia dejado tan gloriosos recuerdos en el Hospital de la Caridad de Marsella.

F. de L*** no se habia equivocado en los elogios que prematuramente habia hecho de su hijo, y su orgullo de padre quedó muy satisfecho cuando se convenció de la impresion que habia producido sobre Emilia.

El contrato fué extendido en los términos que F. de L*** habia decretado por sí mismo.

Emilia, pudiendo disponer de la suma que se le habia reconocido, hizo donación de 50.000 reales á la Comunidad de las hermanas de San Vicente de Paul, y dedicó una cantidad igual para la educacion de sus pequeñas huérfanas, que eran en número de 16. reservándose el poder colocarlas cuando tuviesen edad suficiente.

Habíase creído en la ciudad que el enamorado Gustavo habia exagerado la belleza y las virtudes de su amada; pero al ver á Emilia tan hermosa, tan dulce, tan modesta, todos, aún los más obstinados, habian tenido que convenir en que el retrato era exacto.

Publicáronse las amonestaciones, y bien pronto...

—Pero!...

—Pero, exclamó mi amable anfitrión, sirviéndome un vaso de rom, no habeis estado nunca enamorado!.. ¡Yo mismo lo he estado!.. hace mucho tiempo... todavía me acuerdo... y mi sobrino Gustavo lo estaba tambien... En tónces lo comprendéis!..

—Lo comprendo perfectamente, respondí yo.

—Ahora ya lo sabeis todo, caballero curioso, añadió mi narrador. El caballero de aire respetable y cabellos blancos es mi cuñado; los novios condecorados, son el heróico doctor y la digna jóven del Hospital de la Caridad; el sillón vacío era el sitio de una madre ausente!..

—La hermana de la Caridad una santa madre adoptiva!..

—Y yo soy vuestro más humilde servidor, añadió en forma de conclusion, dándome familiarmente golpes en la espalda, y no me falta ya más que presentaros á mi familia...

El lector puede pensar si yo aceptaria gustoso el ofrecimiento de mi nuevo amigo... Fui, pues, presentado á esta encantadora familia, que me recibió cordialmente, á cuyo lado pasé momentos tan agradables, que me hicieron prolongar mi estancia en Burdeos; y cuando al fin partí, no sin mucho disgusto, me propuse volver á hacerles visitas muy frecuentes.

RICARDO PALANCA LITA.

LOS GEMELOS DE SIAM.

Los periódicos de Greensboro (Carolina del Norte) nos participan la noticia de haber muerto, en su residencia de Mount-Airy, los gemelos siameses, que tan célebres se hacian para la multitud por donde quiera que viajaban.

Chang, uno de ellos, sufria desde Diciembre de 1873 de parálisis reumática y se habia aficionado á la bebida, con objeto, sin duda, de aliviar sus sufrimientos. Al comenzar el año actual se hallaba muy débil, lo que obligó á los mellizos á guardar cama, pero sus familias no tenian que sobrevenir tan pronto una desgracia. A las cuatro de la mañana del 16 de Enero, Chang espiró repentinamente, y en cuanto Eng, su otro hermano, descubrió la muerte, se enfureció terriblemente, dando, muestra de haber perdido la razon por completo. A esto siguió un estupor mortal, y dos horas despues de la muerte de Chang, Eng exhalaba su último suspiro.

Con la muerte de estos gemelos desaparece uno de los fenómenos más extraños que hayan jamás despertado en

el mundo la curiosidad de la multitud, y atraído muy justamente la atencion de los sábios.

Antes que se desvanezca el recuerdo de esos seres extraordinarios, creemos curioso añadir algunos detalles que nos proporciona el *Courrier des Etats-Unis*.

La membrana ó ligadura de carne que unia á los hermanos siameses tenia un pié de largo, dos pulgadas de ancho y cuatro de espesor. Esta ba provista de una arteria y numerosas venas, que establecia entre ellos igual circulacion en la sangre y una misma respiracion.

Chang y Eng tenian, sin embargo, una existencia distinta y separada, pues los golpes dados á uno no los sentia el otro, á ménos que no se descargasen sobre la membrana comun, en cuyo caso la sensibilidad de los dos se hallaba igualmente afectada.

Chang era más alto, más fuerte, más inteligente que Eng; el primero parecia mucho más jóven, y tenia un carácter alegre y decididor, mientras el segundo era hosco é irascible, no transigiendo en nada, fuera de sus caprichos extravagantes.

El color de la faz de ambos era amarillo; su fisonomía parecia á la de los chinos, mas bien que á la de los americanos; tenian un aspecto noble, la frente despejada y los ojos negros y grandes.

Llegaron por primera vez á los Estados-Unidos en el año de 1829, despues de haberse exhibido en toda Europa.

En 1850 los contrató Mr. Barnum para enseñarlos en su museo de Nueva-York, en donde estuvieron hasta fines de 1855.

Aunque vivian, por lo comun, en buen acuerdo, las terquedades de Eng exasperaban á menudo á Chang, y en más de una ocasion los gemelos Siameses se agarraron de los cabellos.

Una noche, durante su residencia en el museo de Mr. Barnum, oyóse un gran ruido en su dormitorio, y al penetrar en él encontraron á Chang tendido sobre Eng, forcejeando para ahogarle, y gritándole:

—Quiero separarme de tí: mañana haré que nos corten la membrana que nos une para mi desgracia.

Eng, rechinando los dientes, decia en voz baja:

—Mejor, con eso moriremos más pronto.

Cuando en 1856 abandonaron á Barnum, los gemelos disponian de un capital de 44.000 pesos, colocados en el banco de Nueva-York. Compraron entónces dos plantaciones en la Carolina del Norte, tomaron el nombre de Bunker é hicieron venir de Lóndres dos hermanas, una de 26 años de edad y otra de 28, con las cuales se casaron.

Cada una de las señoras Bunker habitó en la plantacion de su ó sus maridos, y este ó estos, pues jamás se supo si era preciso hablar en singular ó en plural de esos dos seres, á la vez individuales y colectivos; pasaban una semana en casa de la señora de Eng y otra en la de la señora de Chang.

Por esta época abrazaron la religion protestante, de la cual fueron ejemplares miembros.

Es sabido que la señora de Chang dió á luz seis hijos, mientras que la de Eng tuvo cinco únicamente, lo cual dió origen á los celos entre ambas hermanas y cuñadas, envenenando con sus discordias los últimos años de la vida de sus respectivos maridos.

De los once hijos que tuvieron, viven aún ocho, cuatro de los cuales son sordo-mudos.

El mayor de ellos es una jóven de 17 años, casada ya con un labrador de la Carolina.

Echang y Eng han dejado escrito su testamento, en el cual prohiben terminantemente cortar la ligadura que los unia en vida y que continuará uniéndolos en la tumba.

El museo anatómico de Nueva-York ha querido comprar sus cadáveres, pero las viudas de Chang y Eng no quieren venderlos, despreciando así una respetable suma por guardar honor á la memoria de quienes en vida les prodigaron las mayores consideraciones.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

—Oh, sí, señora, dijo con cándido orgullo la mujer, que llegaba á la sazón, presentándole el agua que habia pedido, en un vaso de reluciente vidrio. ¡Y muy inteligente, y muy bueno! Nos acompaña tanto! ¡Nos alegra tanto con sus monadas! Parece un perro, segun es de fiel y cariñoso. No puede V. figurarse cuánto le queremos, sobre todo mi marido, que es un alma de Dios, y se divierte con cualquier cosa. Pues, y los niños? en cuanto vienen de la escuela les sale al encuentro, batiendo las

alas de alegría. Hace dos años se nos entró por la ventana, y con él parece que entró la dicha. ¡Ah, era una época muy triste aquella para nosotros! Mi marido, convaleciente todavía de una horrible enfermedad que le habia privado de ganar su jornal por espacio de quince meses, yo sin trabajo, y nuestros hijos sin pan... Despues mi marido, aunque no pudo hallar colocacion en su oficio, lo halló en *La Correspondencia*, de la cual es repartidor, y á mí se me proporcionó una tienda para coser camisas. Con esto, aunque con suma estrechez, y á fuerza de mil privaciones, vamos saliendo de nuestros compromisos.

—De modo, dijo Clotilde, que no venderia V. este pájaro tan hermoso?

—Oh, no, señora! ¡qué haria el pobre Ricardo sin su pipi! qué harian los chiquitines?

—¡Pipi! pipi! dijo el pájaro, como si comprendiese la conversacion, posándose de un vuelo sobre el hombro de su ama y acariciándola con el pico.

—Pues yo daria por él cuanto VV. me pidieran, repuso Clotilde para penetrar de lleno en aquella alma cándida y bondadosa.

—Oh, no, señora! replicó vivamente la mujer. No solo por el gusto de tenerle, sino porque seria una ingratitud vender á un animal que nos quiere.

Clotilde se sonrió con satisfaccion. Gustaba, como hemos dicho, de sondear los corazones y de probarlos en las cosas pequeñas, segura de que darian el mismo resultado que si se tratase de otras de más entidad y trascendencia.

Así, pues, aunque estaba muy lejos de querer privar á aquellas pobres gentes de lo que formaba su embeleso, repuso con insistencia:

—Pues si alguna vez quisieran VV. venderlo, yo lo compraria de buen grado. Vivo en la calle Mayor, número 18, y no tiene V. más que preguntar por doña Clotilde de Mendoza. Pero apropósito. Me ha dicho V. que trabaja en ropa blanca. ¿Quiere V. que la proporcione labor? No estoy contenta con mi costurera, porque aunque la pago bien, como tiene marido y cinco hijos, no me hace las cosas tan á tiempo como yo quisiera.

—¡Ah, señora, se apresuró á decir la mujer, no la despidan V. por eso! Cinco criaturitas de Dios á quienes tal vez faltaria el pan si V. no proporcionase trabajo á su pobre madre. ¡No la despidan V., que Dios se lo premiará en el cielo! Nosotros no tenemos más que dos chiquitines, y aunque con muchos apuros, al fin vamos saliendo del día.

Clotilde se sonrió de nuevo. No se habia equivocado al juzgar de la honradez de aquella mujer por la decencia de su casa.

—De todos modos, aquí tiene V. una tarjeta mia, por si alguna vez carece de trabajo, y quiere que yo se lo proporcione, dijo, sacando una del tarjetero y dejándola encima de la consola. Y la florista, es buena? añadió con tono indiferente.

—Sí señora, y hará una verdadera obra de caridad quien la dé trabajo. Sostiene con él á toda una familia decente, que se halla sumida en la mayor miseria. Y lo más particular del caso es, que no es ni siquiera parienta, sino un aya ó maestra que tuvieron en mejores tiempos y que no ha querido abandonarlos en medio de su desgracia. Es un ángel, señora, tan modesta, tan dulce, tan complaciente! ¡Cómo cuida al enfermo, porque hay un señor anciano que se halla muy enfermo; cómo los alienta á todos! Con qué afán y alegría trabaja cuando Dios se lo proporciona!

—Son de Madrid?

—No señora. Por allá de tierra de Soria.

En aquel momento sonaron pasos ligeros en la escalera, y la mujer se abalanzó á la puerta exclamando:

—Son los niños!

Apareció en efecto en el dintel de la puerta un niño de ocho años, dando la mano á una niña de cinco. Ambos traian los vestiditos remendados, pero limpios, y las rosas de la salud pintadas en las mejillas.

El niño se quitó la gorra al entrar, y fué á besar la mano á su madre, despues de haber dado las buenas noches.

—Este es el mayor, dijo la mujer con maternal orgullo. Le tengo de aprendiz en casa de un sastre, y cuando sale del taller va á buscar á su hermana á la escuela gratuita. Habeis sido buenos, hijos míos? ¿Habeis trabajado mucho?

—Sí, señora, respondió el niño con desenvoltura ni encogimiento, hemos hecho lo que hemos podido.

—Y Dios os bendecirá, hijos míos! exclamó la buena madre.

Alegraba el corazón ver aquel grupo tan interesante, y para que nada faltase á lo apacible del cuadro, Pipi, siguiendo su costumbre, pasó del hombro de la madre al del niño, y luego al de la niña, batiendo las alas y acariciándolos á todos indistintamente con el pico.

Clotilde besó á los chiquitines, se despidió de la honrada mujer, y con el corazón lleno de dulce complacencia, fué á llamar á la puertecita inmediata.

Salió á abrir una jóven modestamente vestida.

—Es V. la florista? preguntó.

—Sí señora.

—Se encargaría V. de un trabajo delicado?

—Hoy más que nunca, porque he quedado sin ocupación. Tenga V. la bondad de entrar.

Habia en la voz de la jóven una vibración tan dolorosa, que Clotilde se sintió profundamente conmovida.

La primera retrocedió algunos pasos en el estrecho, corredor y recorrió una cortina de percal.

¡Y hé aquí lo que vió Clotilde: hé aquí el secreto que divulgaba aquella imprudente lucecita!

Hallóse en una habitación irregular, con dos alcobas laterales y una puerta en el fondo.

Un jóven estaba sentado á una mesa de rústica madera, colocada en el centro de la estancia, y parecía completamente absorto en anotar los papeles de música que tenia delante, alumbrado con el pálido fulgor de la pérfida lamparilla. En el otro extremo de la mesa, veíanse flores sin concluir, hojas esparcidas y botones sin cáliz. En la alcoba resonaban ayes quejumbrosos, y una mujer anciana, inmóvil, en su dintel, se ocupaba con solícito esmero en enfriar el líquido contenido en una taza que traía en la mano.

Estos ligeros detalles revelaron á la mirada experta de Clotilde, todo un poema de lágrimas y privaciones.

—Quisiera una guirnalda de rosas blancas medio ocultas entre el follaje, dijo echando una furtiva mirada sobre las flores sin concluir, que eran efectivamente rosas blancas. Podría V. hacérmela?

—Sí señora, respondió con visible ansiedad la jóven.

—Es que la necesitara mañana á las doce. Esas rosas que tiene V. ahí llenarían mi objeto, y como solo hay que montarlas, si es posible, enviaré por ella á las once.

—Sí señora: cuando V. guste.

—Su nombre de V.?

—Basta que pregunten por Marta.

—Acaso venga yo misma á recogerla de paso de misa. Los médicos me aconsejan que haga ejercicio, y siempre busco pretextos para andar.

Clotilde se levantó, y se despidió sin hacer ninguna pregunta, sin dejar ningun socorro. Poseía el verdadero secreto de la caridad cristiana, y sabía que era preciso no mortificar el alma para remediar las necesidades del cuerpo.

Pero ahí! aquella vez se equivocó: aquella vez no comprendió todos los horrores que se escondían bajo aquella apariencia triste, pero serena. Si ella hubiese comprendido que allí se moría un hombre, en medio de la desnudez y el desamparo, no hubiera ido al teatro santamente satisfecha de sí misma, sino que se hubiera instalado á la cabecera del moribundo para confortarle en el supremo trance de la vida.

Ella no lo comprendió, y el ruido del coche que la conducía se perdió á lo lejos, llevándose la última esperanza de aquellos infelices, eclipsando el único rayo de salvadora luz que había brillado ante sus ojos.

¡Pero, por qué Marta, pues era ella, no la había pedido adelantado el precio de su trabajo? ¡Por qué no había implorado su compasión, si había visto los ojos de la caritativa dama fijos en ella con interés verdadero?

Quizás había querido hacerlo, y una indefinible timidez había helado su voz en la garganta.

Mientras oyó el ruido del coche, estuvo batallando consigo misma; cuando el ruido se extinguió, se cubrió el rostro con las manos y exhaló un gemido que halló un eco doloroso en Pablo y en Raimunda.

Tal vez los tres habían pensado acudir á aquella protectora inesperada, que les enviaba la Providencia y ninguno de los tres se había atrevido á hacerlo. ¡Ah, que los pobres más dignos de compasión son los pobres de la clase media! ¡Ah, que para ellos están cerradas todas las puertas, pues las guardan la dignidad, el decoro, la delicadeza, triples guardianes de altivo rostro, de severo continente, que les muestran sin cesar más allá del dintel de aquellas puertas la degradación moral y la vergüenza! ¡Triste condicion la de la clase media, que careciendo de todo, no puede hacer nada para salir del abismo en que se halla.

Pero ¿cómo había caído en aquel abismo la familia de D. Eusebio? ¿Cómo había descendido uno á uno los peldaños de aquella escala funesta, que termina en los antros sombríos de la miseria, antros horribles en cuyo umbral como á la puerta de la mansión de los condenados del Dante, hay escrito con negros caracteres: *lasciate ogni speranza oh voi che entrate!*

Su historia era la de muchas familias provincianas que llegan á Madrid llenas de esperanzas, para hallar funestos desencuentros: los verjeles que divisan desde lejos en

sus sueños, son como aquellos árboles que crecen á orillas del mar muerto, cuyos frutos tienen una apariencia espléndida y encierran solo ceniza y polvo vano.

La metrópoli de España es la Circe engañosa que atrae á los incautos con la dulzura de su canto, para darles muerte despues en sus antros misteriosos.

Como había sospechado Pablo, la carta que aquel amigo íntimo había escrito á D. Eusebio, era una carta puramente cortesana.

Cuando el bueno y cándido sacerdote fué á ver al que creía su amparo, éste le dispensó una acogida glacial, y al volver, halagado todavía por una débil esperanza, halló la puerta de su casa cerrada y defendida por criados tan corteses como fieles á la dura consigna recibida.

También Pablo, haciendo un doloroso esfuerzo, acudió á algunos de sus antiguos amigos para que le buscasen colocación decente, y también él tuvo que convencerse de que no hay amigos para el que carece de fortuna.

Al salir de la aldea, el buen cura D. Julian, el médico y algunos ricos hacendados, habían entregado á D. Eusebio algunas cantidades de dinero, préstamos en la fórmula, dádvas en la intención de aquellos amigos generosos, y con estas sumas que el honrado sacerdote pensaba devolver algun día, fué sosteniendo al principio á su familia.

Pero se concluyeron estos recursos, y acudió primero á empeñar y luego á vender las pocas alhajas de su propiedad que le había mandado Rosalía dentro del cofre. Despues empeñó y vendió, y empeñaron y vendieron los demás las ropas de su uso, aún las más indispensables, y despues pasaron muchos y muchos días sin comer, y noches sin luz, sin fuego, sin abrigo ni consuelo.

Y no era que Marta y Pablo, los únicos que se hallaban en el caso de hacerlo, no procurasen conjurar la miseria por medio del trabajo. Marta hacía flores, y había recorrido en vano todas las floristas de Madrid en busca de ocupación, aunque fuese mal retribuida. Las floristas la decían que había poca venta y no necesitaban oficiales. Recien llegada á la corte, sin conocimientos, y llevando un traje pobre más que modesto, no la era posible adquirir una parroquia propia, y lo mismo la sucedía con respecto á la costura.

Iguales eran los obstáculos con que luchaba Pablo, el cual se allanaba también á todo hasta á copiar papeles de música y á ejercer el humilde oficio de memorialista.

¡Ah cuántas, cuántas veces al tender un pobre su trémula mano para implorar una limosna, he oído de labios de personas ilustradas: *la caridad fomenta la holganza: que trabaje como yo trabajo.*

Trabajar! Trabajar! ¡Están acaso abiertas para todos las puertas del templo en donde se cierne el Dios Trabajo? Ah, nó! ¡Cuántos infelices permanecen en la inacción que les conduce al embrutecimiento, ansiosos sin embargo de ser útiles á la sociedad y ganar honradamente su parte en el comun banquete que la naturaleza ofrece á todos los mortales!

¡Oh, vosotros, los que sois buenos y compasivos, no pronunciéis jamás estas frívolas palabras! Haced como Clotilde; buscad trabajo al pobre, y si éste lo desestima, tiempo tendréis de lanzar sobre su frente el anatema.

Uníase en D. Eusebio al tormento de las privaciones materiales, el tormento moral de estar separado de sus queridas ovejas, como él llamaba á sus feligreses, de que el oprobio estuviese unido á su nombre antes sin tacha, de ver sufrir y languidecer á su familia y no poder aliviar sus penas, labrando en él á la vez los sufrimientos morales y los sufrimientos físicos, en pocos meses dieron al traste con su robustez, postrándole en el lecho rendido á una enfermedad incurable.

Y en vano Raimunda, Marta y Pablo, realizaron milagros de abnegación, privándose de todo para proporcionarle algun bienestar, engañándole con piadosas mentiras para hacerle creer que no carecían de nada y fortalecer su espíritu abatido. A lo mejor, si le dejaban solo un instante, hallaban sus mejillas cubiertas de lágrimas, y sus ojos fijos en el cielo con expresión de dolor profundo.

Y en esta amarga batalla trascurrían para ellos los días largos, dolorosos y uniformes.

Y hacia tres días que la batalla era más encarnizada, más terrible. El mal parecía haber vencido en D. Eusebio á la naturaleza, y todo hacía temer un desenlace fatal é inminente.

Aquella mañana misma, al visitarle el médico de la beneficencia domiciliaria, había sacudido tristemente la cabeza, y había recomendado á Raimunda que tuviese resignación y presencia de ánimo. ¡Qué quería decir esto!

¡Ay, demasiado lo había adivinado el corazón de la pobre anciana, desgarrándose en mil pedazos al oír estas lúgubres palabras!

Y aunque no le faltaban medicinas para aliviar los pa-

decimientos del enfermo, que la caridad oficial se las proporcionaba, le faltaba para aumentar su pesadumbre el dinero necesario para procurarse una multitud de medicinas caseras que su experiencia la había enseñado, y que en su concepto hubieran podido prolongar la existencia al adorado enfermo.

Esto era lo que había motivado su deseo de implorar la compasión de su amable visitadora.

El rubor había sellado sus labios, y perdida ya esta esperanza, se dirigió triste y cabizbaja al lecho en donde gemía D. Eusebio.

—Estoy mejor, dijo éste esforzándose por sonreír, estoy mucho mejor!

Siempre decía que estaba mejor, mientras la muerte iba extendiendo sobre su lívido rostro su crespon sombrío.

En aquel instante, sin embargo, parecía hallarse más reanimado. Se incorporó para tomar la bebida que le ofrecía Raimunda, y despues de haberla tomado, se volvió hácia la pared, diciendo á su hermana:

—Déjame dormir un poco. Me siento mejor, y el sueño me hará bien.

Raimunda le arregló la ropa de la cama, permaneció á su lado algunos minutos, y al oír su respiración fácil y tranquila, salió á reunirse con Pablo y Marta, quienes reteniendo hasta el aliento, tenían los ojos fijos en la alcoba con una ansiedad indecible.

—Si Dios quisiera... murmuró Raimunda con explosión de júbilo. No sanan otros enfermos? Está mejor, gracias á Dios, está mejor!

Al que desea vivamente una cosa, le engaña su propio deseo. Pablo y Marta también ansiaban creer, y balbucearon una acción de gracias al Árbol Supremo.

En aquel instante llamaron muy quedo á la puerta.

—Será Ricardo, dijo Marta.

Salió á abrir, y entró seguida de un hombre pálido, demacrado, pero de fisonomía dulce y expresiva. Tenía un aire de resignación y bondad, que á primera vista interesaba el alma. Aunque apenas contaba cuarenta años, parecía que hubiesen pasado sobre su frente muchos inviernos coronándola de nieve.

Sus movimientos eran ya trémulos, ya precipitados: bien se veía que una cruel enfermedad le había hecho juguete de su saña.

A pesar del cierzo que soplabá, anchas gotas de sudor inundaban su rostro, y apenas podía enjugarlo con su pañuelo de cuadros.

—Buenas noches, Marta, tartamudeó con visible esfuerzo, buenas noches, señores. Cómo sigue el enfermo? No he querido entrar en mi casa sin saber cómo se encuentra.

—Gracias, Ricardo, dijo Marta, ofreciéndole su propia silla. Parece que descansa. Pero siéntese V. por Dios, que viene muy fatigado.

—Sí, sí, muy fatigado! respondió Ricardo, dejándose caer á plomo sobre la silla, y enjugándose por centésima vez el sudor del rostro. Qué quiere V. que haga? Tengo que traerle á *aquella santa* el fruto de mis pies, ya que no puedo traerla el fruto de mi ingenio. Pero Dios es bueno: la *Correspondencia* tiene muchos suscriptores, y mi carrera ciento setenta. Ann me quedan muchas horas de huelga. ¡Si pudiera hallar en qué ocuparme en esas horas perdidas!

—Para qué, Ricardo? exclamó Marta vivamente. ¡Suncumbiria V. á la fatiga!

—Es igual, dijo Ricardo, que so pretesto de enjugarse de nuevo el sudor, se enjugó una lágrima dolorosa; más quiero sucumbir á la fatiga que al pesar de ver á *aquella santa* trabajando noche y día para hacer frente á las necesidades de la casa y á las de nuestros hijos.

Antes era otra cosa: yo tenía mi oficio: ganaba un buen jornal, pero me dió esta pícara enfermedad, el amo no quiso esperar, y me puso en la calle.

¡Cuánto ha sufrido desde entonces mi *pobre santa*! ¡Ella, que es hija de un honrado mercader de paños, y se ha criado rodeada de todas las comodidades de la vida! Esto me parte el alma!

—Por qué, si Catalina es feliz con su cariño?

—Ah, el cariño es impotente para hacer la dicha de nadie! Bien conozco que la sirvo de carga! ¡Tantos como se mueren, y á mí Dios me conserva la existencia!

—No diga V. esto, Ricardo! replicó Raimunda, volviendo de la alcoba, en donde había entrado de puntillas. Lo que dice V. es una blasfemia.

—Oh! yo no lo digo por mí, que estoy resignado con todo lo que Dios quiera enviarme, sino por *aquella santa* á quien solo causo sinsabores.

Ricardo no tenía más defecto que el de ser un poco hablador, y así prosiguió con su locuacidad acostumbrada.

(Se continuará.)

CRÓNICA
MADRILEÑA.

Han pasado quince días desde que dirigí mi humilde voz á las amables suscriptoras de EL CORREO; en este intervalo la naturaleza se ha vestido de gala, las aves han principiado á cantar sus amores, y no resuenan más que himnos de júbilo en el valle y las montañas.

¡Ah, mientras todos los seres de la creación hallan un eco para saludar la primavera y bendecir á Dios, los hombres, ingratos y locos, turban la armonía universal con el estruendo de las mortíferas balas que cortan en flor tantas vidas, destinadas acaso á ilustrar á la humanidad y conducir por las difíciles sendas del bien y del progreso!

El velo de honda tristeza estendido sobre esta populosa capital, ha aumentado la solemnidad de los días de Semana Santa: los templos han estado concurrencísimos, notándose que las bellas damas no se presentaban ataviadas con el lujo propio de su rango, sino con atavíos modestos, más en conformidad con las tristes circunstancias que nos cercan.

Las mujeres españolas, sin distinción de clases, han dado en esta ocasión sublimes pruebas de su caridad, y conmueve dulcemente el alma, leer la lista de donativos, y ver el óbolo de la pobre lavandera, ofrecido con una sencillez encantadora, figurando al lado del rico donativo de la dama noble y poderosa. De la misma manera satisface el corazón ver como reparten por do quiera consuelos y socorros, tanto la Cruz Roja como otras muchas benéficas asociaciones, que rivalizan entre sí en celo y caridad, justificando de este modo el dictado de ángel de paz y de consuelo, con que se ha distinguido en todas épocas á la mujer cristiana.

Más felices que nosotros en Florencia, ciudad de la poética Italia, han saludado á la alegre primavera abriendo un concurso, en el que serán premiados los que presenten las flores más raras y más bellas, y es regular que acudan de todos los países del mundo á ofrecer su tributo á la ciudad de las flores, como indica su mismo nombre.

También en Madrid se piensa en organizar otra nueva Exposición nacional en el palacio del Sr. Indo, y ya han salido de varias poblaciones, y en particular de la industriosa Barcelona, los bultos destinados al efecto.

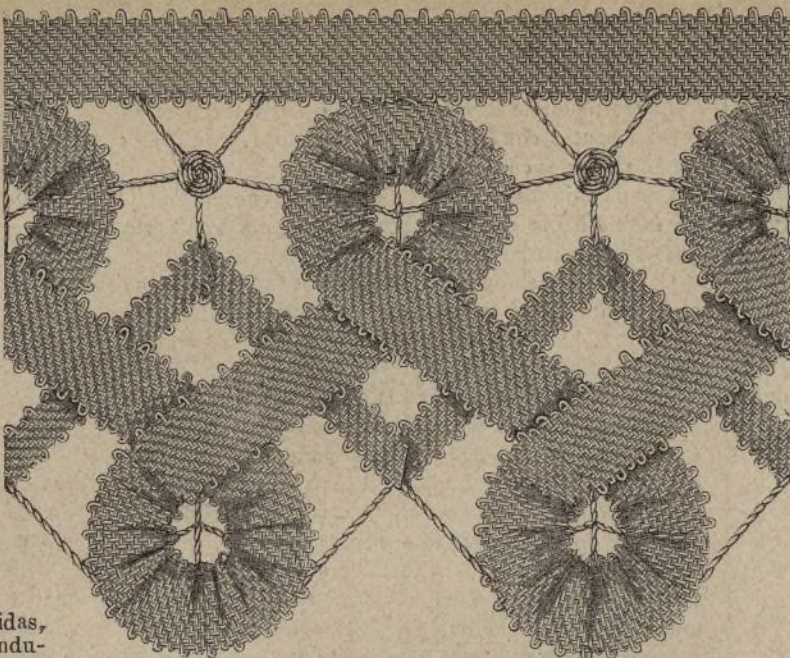
Los teatros han vuelto á abrir sus puertas, y los esfuerzos de todas las empresas para atraer al público y distraerlo de sus graves preocupaciones, son dignos del mayor elogio.

También se han efectuado algunas bodas como suele suceder siempre en esta época del año, recordando así la bella dolores de Campaamor, titulada *El concierto de las campanas*, que al mismo tiempo repican por los que nacen, y doblan tristemente sobre la tumba de los que han ido á recoger en el cielo sus palmas inmortales.

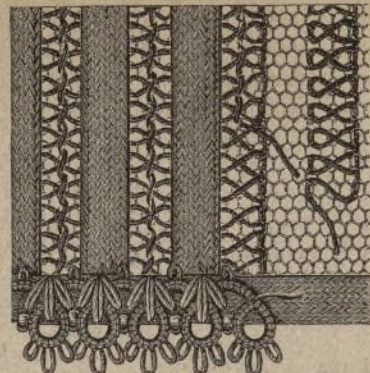
Los libros nuevos que se han publicado son las excelentes *Fábulas morales* del reputado



23. Entredós de frivolidé.



24. Cenefa de trenilla para adornar trajes.

26. Fondo y cenefa para el almohadón
ruló núm. 25.

editores Medina y Navarro; *La Australia*, curioso estudio de viajes; la *Edad de hierro*, dramas feudales de D. Antonio de San Martín, publicados por D. Urbano Marini, y *La huérfana de Alba hermosa*, leyenda de D. Jerónimo Iglesias y Pardo, que ve la luz en Santander.

En cuanto á periódicos, continúan ofreciendo grato solaz al público, *El mundo cómico*, *El telegrafo* y *El Bazar*.

Dos recetas, para concluir, tomadas de esta última excelente *Revista*.

Para desinfectar un aposento, basta quemar uno ó dos granos de café, que produce un olor puro y agradable.

Para conservar por muchos días un ramo de flores, basta disolver en el agua en que se le coloque 5 gramos de sal amoníaco ó clorhidrato de amoníaco por cada litro de agua.

JOSÉ MARÍA.

EXPLICACION
del Figurín 1117.

FIG. 1.^a — *Traje para recibir visitas.* — Este elegantísimo traje es de raso malva, con adornos de terciopelo pensamiento. La falda, de cola, está dispuesta en pliegues perpendiculares por delante alternando con bandas de terciopelo, y por detrás guarnecida con tres volantes de terciopelo forrados de raso malva y apuntados para que se vea el forro. Al costado lleva un lazo de terciopelo con anchas caídas, sujeto con una hebilla de oro. Completa el cuerpo por detrás un cuello alto y tieso de terciopelo, el cual desciende por delante á adornar el escote cuadrado. La hombrera de la manga consiste en un bullon y volante, sostenidos por un semicírculo de terciopelo, siendo la vuelta también de terciopelo, como asimismo las bandas, que dibujan tirantes sobre el cuerpo. Peineta de oro con perlas en el peinado.

FIG. 2.^a — *Traje de reunión.* — Vestido de faya gris perla. Un volante de encaje, cubierta la mitad por otro de faya, con cabeza, rodea la falda, y se repite dos veces sobre el delantero, terminando en los costados con lazo de raso blanco sostenido por hebillas de nácar. Un paño al hilo guarnecido del mismo modo, forma el pouf, tirado hacia atrás por bandas de faya, orilladas de volantes, que parten de los costados de la cintura y se juntan por debajo del pouf con un lazo de caídas. Cuerpo escotado en corazón, con aldetas y cuello plegados, y mangas guarnecidas con ruches y encajes. Peineta de bolas de nácar con flor igual y lazo de raso como los que adornan el traje.



25. Almohadón ruló para sofá.



29. Capota para niña.

27. Cuello bordado en tul.

28. Cuello de frivolidé.



30. Cenefa bordada á cadeneta para trajes.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Vedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

catedrático D. Ramon Miguel; *Los cánticos orientales*, de D. Leon Carbonero y Sol; un *Estudio sobre la vida artística de Maizquez*, por el señor de la Revilla, publicado por los entendidos